

La *persona* de Juan Rulfo*

Antonio Alatorre

A JUAN LO CONOCÍ EN GUADALAJARA, a fines de 1944. Me lo presentó Juan José Arreola. En 1945 Arreola y yo le publicamos en *Pan*, la revista que hacíamos, dos de sus primeros cuentos: “Nos han dado la tierra” y “Macario”. Después, a partir de 1946, cuando me trasladé a la ciudad de México, mi trato con él no fue sino esporádico, aunque siempre afectuoso. Pero en esa época de Guadalajara, en que platicué mucho con él, jamás me contó nada de su familia, de su infancia, de su primera juventud. Los datos que voy a exponer y comentar se basan en el esbozo biográfico publicado por Federico Munguía un año después de la muerte de Juan. Es un libro pequeño pero jugoso. Munguía conoce bien los datos autobiográficos que Juan esparció en no pocas entrevistas, pero parece haber sido el primero que acudió a otras fuentes, en particular documentos de archivo y conversaciones con hermanos de Juan y con personas que lo conocieron de niño.¹ Comienzo, pues, con un breve resumen.

Juan Nepomuceno Pérez Rulfo, el padre de Juan, poseía una regular hacienda en la región de Sayula.² María Vizcaíno, la madre, venía de una familia aún más rica. A fines del siglo XIX su padre, Carlos Vizcaíno, había fundado en la jurisdicción de Tuxcacuesco, no lejos de San Gabriel, la hacienda de Apulco, invirtiendo en ello mucho dinero. La

hacienda, naturalmente, ya no existe, pero queda el templo, con su “airosa figura” y su altar de mármol (Munguía:15), testimonio de una riqueza considerable. En ese templo de hacienda porfiriana se celebró, en enero de 1914, la boda de María Vizcaíno y Juan Nepomuceno Pérez Rulfo, y allí, a fines del mismo año 1914, fue bautizado el primero de los vástagos, Severiano Pérez Vizcaíno.

Juan habría nacido también en Apulco y habría sido bautizado en ese bonito templo de no haber sobrevenido “la bola”, o sea, en el caso del sur de Jalisco, las fechorías del bandolero Pedro Zamora, que “asolaba, robaba, plagiaba, quemaba haciendas y pueblos, violaba mujeres y mataba sin compasión” (*ibid.*:31), y también, poco después, “la revolución cristera con su cauda de fusilamientos, ahorcados y demás hechos violentos” (*ibid.*:32). Los Pérez Vizcaíno tuvieron que refugiarse en Sayula, donde nacieron los dos siguientes vástagos: en 1916 María de los Ángeles (que vivió pocos días) y en 1917 Juan. En busca de mayor seguridad, la familia se trasladó a Guadalajara, donde nació el siguiente hijo, Francisco, en 1919. A fines de este año abandonó Pedro Zamora su teatro de operaciones, no sin dejar negrísimos recuerdos (que aún perduran, debidamente folclorizados). Los Pérez Vizcaíno regresaron entonces no a Apulco ni a Sayula, sino a San Gabriel, donde vivieron en una casa alquilada. Allí, en 1921, nació el último vástago, Eva, y allí, en una escuelita de monjas, comenzaron Severiano y Juan su educación primaria. En 1923, cuando Juan acababa de cumplir seis años, fue asesinado el padre “por motivos sin importancia” (*ibid.*:22). La madre se quedó en San Gabriel con los cuatro niños, pero en 1927, obviamente al borde del colapso, mandó a Severiano y a Juan, como internos, al Insti-

* Reproducimos aquí este ensayo gracias a la amable cortesía de su autor por considerar que se trata de un texto que ilumina la compleja personalidad de Rulfo. Originalmente fue leído (sin las notas) el 31 de octubre de 1996 durante el “Seminario Internacional Juan Rulfo” organizado por el Departamento Hispánico de la Universidad de Ottawa; se ha publicado –pero en forma mutilada– en la *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 22 (1998), núm. 2, pp. 1-13; y en forma completa en la revista *Literatura Mexicana*, México, UNAM, 2000, núm. IX, 2, pp. 367-386 y X,1-2, pp. 227-247.

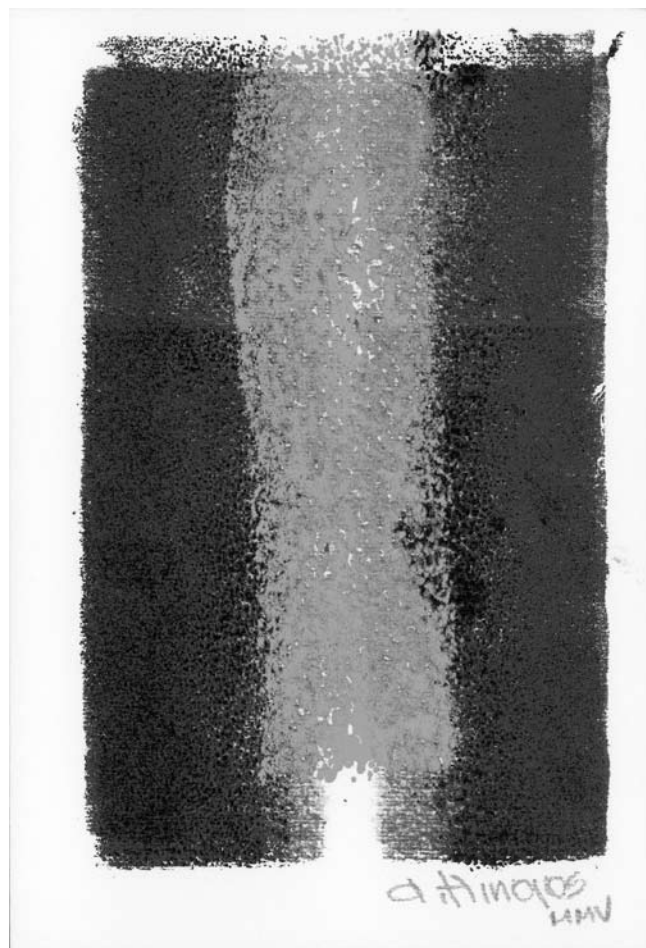
tuto Luis Silva de Guadalajara, que era orfanatorio y escuela. Esta separación fue el último adiós, pues la madre murió a fines de ese mismo año, a los treinta de su edad. Terminados los estudios primarios en el orfanatorio, Juan ingresó en 1932 en el seminario de la arquidiócesis de Guadalajara, de donde salió en 1934. Regresó a San Gabriel y vivió algún tiempo en Apulco, donde “se amanecía tomando café y leyendo a la luz de una vela, pues en la hacienda no había luz eléctrica” (*ibid.*:27). Poco después, a fines de 1935, Juan y sus dos hermanos menores, Francisco y Eva, fueron llevados a la ciudad de México, a casa del tío paterno David Pérez Rulfo, militar y político. Juan dirá en 1980 (Poniatowska:151): “Me sentí más solo que nadie cuando llegué a la ciudad de México y nadie hablaba conmigo, y desde entonces la soledad no me ha abandonado”. (Lo cual pide una pequeña apostilla: la soledad ya estaba con él desde mucho antes.)

En enero de 1936, pocas semanas después de llegar a México, Juan se incorporó a la burocracia federal como empleado de la Secretaría de Gobernación, y allí siguió hasta mediados de 1947. A quienes se interesen por esta larga, oscura y melancólica etapa de su vida –de los 18 a los 30 años–, les recomiendo mi artículo “Cuitas del joven Rulfo, burócrata”, porque se basa en el expediente mismo de Gobernación.³ Entresaco de allí unos cuantos hechos. Quien promovió la entrada de Juan en la burocracia fue su tío David, hombre muy allegado al general Manuel Ávila Camacho, a cuyas órdenes había peleado en 1928 contra los cristeros de la zona de Zapotlán el Grande; Ávila Camacho, a la sazón secretario de Guerra en el gabinete de Cárdenas, es quien firma la solicitud de empleo para “el joven Juan Pérez Vizcaíno, elemento sin vicios, trabajador, y de una conducta intachable”.

En los papeles del expediente el nombre es siempre Juan Pérez Vizcaíno. Durante todos estos años está Juan en los escalones ínfimos de la pirámide burocrática: en 1936 es “oficial quinto”, con sueldo mensual de \$128; en 1937 “taquígrafo de tercera”, con sueldo aún menor: \$114; en 1938 “archivista de cuarta”, otra vez con sueldo de \$128. Etcétera. Y muy a menudo le descuentan algunos pesos por sus faltas de puntualidad. En efecto, constantemente se presenta en la oficina con media hora, una hora, una hora y media de retraso. Constantemente también se reporta enfermo, y al punto acude a su casa el médico-inspector de la secretaría, para ver si es cierto. A lo largo de los años hay informes médicos en que figuran las palabras *gripe*, *enteritis*, *gastritis*, *intoxicación*, *apendicitis*, *convulsión*, *choque nervioso*, y que además hacen saber en cuánto tiempo podrá el empleado

renovar sus labores: a veces una mañana, a veces un día entero, tres días a lo sumo...⁴

De octubre de 1939 a enero de 1940 huyó Juan de este mezquino infierno gracias a una licencia sin goce de sueldo. Fue seguramente en esos cuatro meses, que pasó en Guadalajara, cuando trabajó en su primera novela, cuyo título provisional parece haber sido *El hijo del desconsuelo*.⁵ A mediados



de 1941 consiguió su traslado a Guadalajara. Fue entonces –en 1945– cuando lo traté de cerca. Y fue entonces cuando publicó sus primeros cuentos, firmados ya con el nombre con que el mundo lo conoce: Juan Rulfo.

Suele decirse que este cambio de nombre le fue sugerido por su tío David Pérez Rulfo (Munguía:40). Yo no lo creo. Yo creo que las razones del cambio son menos simples, más profundas. Juan tuvo siempre el hábito de la mentira. Empleo la palabra *mentira* sin ninguna carga moral, en el sentido desnudamente objetivo de “falta de verdad”. Juan rodeó su persona y su obra de toda clase de mentiras, o digamos ocultaciones, ficciones, inventos, medias verdades, silencio. Más aún: de ese modo *hizo* su persona, y por eso el presente ensayo se llama “La *persona* de Juan Rulfo”. Bien visto, se trata de un fenómeno humano general: todos ocultamos, todos fingimos, todos representamos un papel en el gran teatro del mundo.

(En latín, como se sabe, *persona* es “máscara”, “papel teatral”, “personaje”). Pero en Juan Rulfo este fenómeno estaba como exacerbado. El cariñoso retrato que Arreola hizo de él (Del Paso:119) me parece perfecto: Juan era “huraño, cazarro, ladino”. Había en él “como una fuerza oblicua, al sesgo. No había una recta en su pensamiento, sino un ‘diagonalismo’, un espíritu de alfil”. (Y añade: “En ocasiones, cuando conversaba con él, tenía la impresión de que los dos mentíamos pero estábamos de acuerdo en hacerlo”).

He aquí, para comenzar, una mentira pequeña, pero difícil de explicar. En un documento del expediente de Gobernación, de fines de 1936, declara Juan que con él, aunque no dependiendo de él, viven sus dos hermanos menores. Pero ¿por qué dice que Francisco tiene 14 años y Eva 12, cuando en realidad tienen, respectivamente, 17 y 13? Me parece normal que alguien no sepa la edad de primos que viven en otra ciudad, pero aquí se trata no sólo de hermanos, sino de hermanos que viven en la misma casa. Parece una mentira muy gratuita, muy rara, totalmente desnuda de intención. Pero quizá no sea propiamente mentira, sino más bien un no prestar atención a la realidad, un no darse cuenta.

He aquí otra mentirilla. Del apellido materno, *Vizcaíno*, dijo Juan en 1980: “Nadie, ningún español se llama Vizcaíno. Ese apellido no existe. Por lo tanto, lo inventaron en México” (Poniatowska:43). Puede tratarse de simple falta de información: el apellido *Vizcaíno* es tan normal en España como los apellidos *Catalán*, *Gallego*, *Castellano*, etc. Pero creo que se puede ahondar un poco. Rulfo fue gran lector de libros de historia, sobre todo los que tratan de los lugares en que él nació y se crió, el sur de Jalisco, región que en el siglo XVI fue otorgada en encomienda a un tal Alonso de Ávalos y que durante la colonia se llamó “Provincia de Ávalos”.⁶ Por esas historias supo Juan que algunos de los primeros pobladores de la zona fueron vizcaínos, gente venida del país vasco, y concluyó, sin más, que los descendientes de algunos de esos pobladores acabaron por apellidarse *Vizcaíno*. Puro invento. Pero creo que lo que hay en el fondo de esa mentira es la curiosidad de Juan por sus propios orígenes, por sus raíces.

La que sigue es una mentira bastante más compleja. Según Juan, uno de sus tatarabuelos, Juan Manuel Rulfo, peleó contra los franceses durante la Intervención y el Imperio (Munguía:39). Ahora bien, ese tatarabuelo, nacido en Querétaro en 1784, peleó, sí, pero naturalmente no en la guerra de Intervención, sino en la de Independencia, y no del lado de Hidalgo o Morelos, sino del lado de los realistas. He aquí lo que dice Munguía con base en la *Historia de México* de Niceto de Zamacois:

[Juan Manuel Rulfo] se desempeñó con gran rigor fusilando buen número de insurgentes. En 1813 es mencionado como capitán de la “Compañía de Indios Patriotas”, cuerpos del ejército formados en las poblaciones para luchar contra los insurgentes si se presentaren, y en el propio año consta desempeñaba el puesto de “cuarto elector” del ayuntamiento [de Zapotlán el Grande] (*ibid.*:10).⁷

En 1821, al triunfar los insurgentes, ese tatarabuelo huyó a Tepic, regresó al sur de Jalisco en 1825 y murió en Sayula en 1834, treinta años antes de la Intervención francesa. Quien sí vivió entonces fue el hijo, o sea el bisabuelo de Juan, llamado José María Rulfo. Pero tampoco éste peleó contra los franceses. Al contrario: en 1866, bajo Maximiliano, “aparece encuadrado en el gobierno imperialista, como secretario del subprefecto de Sayula”, y se las arregló, al triunfar Juárez, para conservar el puesto de escribano público, heredado de su padre (*ibid.*:11). Así, pues, ésta es una mentira de dos cabezas. Por una parte tenemos la fusión de dos antepasados en uno solo, y por otra parte una transmutación y purificación de la historia. No creo que sea una mentira calculada, tramposa. Propongo esta hipótesis: a Juan se le quedó en la cabeza que un antepasado se había distinguido en acciones de guerra, y que un antepasado había vivido en tiempos de Maximiliano, y entonces, olvidando lo demás, o sea que tatarabuelo y bisabuelo habían estado en el lado “malo” de la historia de México, hizo de los dos personajes uno solo y, poniendo a éste en el lado “bueno”, los dejó limpios a los dos.⁸ Fusión, transmutación y purificación: las operaciones de la alquimia.

La operación alquímica es más simple en el cuento de Juan sobre su abuelo materno, Carlos Vizcaíno. Aquí los materiales son, primero, que Carlos Vizcaíno, el creador de la hacienda de Apulco, era muy rico, y segundo, que Pedro Zamora no se andaba con miramientos cuando extorsionaba a los ricachones: los torturaba; se contaba que los mantenía durante un buen rato colgados de los pulgares. Y eso, según Juan, fue lo que hizo Zamora con Carlos Vizcaíno para hacerlo soltar 50 000 pesos, de tal manera que el infeliz perdió los dos pulgares. Munguía le preguntó a Severiano, el hermano mayor, si así había sucedido, y Severiano le contestó simplemente que era puro cuento. (En 1921, cuando murió ese abuelo, Severiano tenía siete años y Juan apenas cuatro.) Lo que aquí tenemos, según yo, es un simple caso de ficción, una dramática expansión “personal” de la leyenda del bandolero causante de la ruina de la familia Pérez Vizcaíno. Es un cuento de base folclórica.⁹

Paso a otras dos notorias mentiras de Juan: la del año y la del lugar de su nacimiento. Munguía publica en facsímil

el acta de nacimiento, donde consta de Juan Nepomuceno Carlos Pérez Rulfo¹⁰ nació el 16 de mayo de 1917 en el pueblo de Sayula, por más señas en la calle Madero número 32 (*ibid.*:20). Pero Juan decía que había nacido en 1918, y no en Sayula sino en San Gabriel, o, alternativamente, en Apulco. Lo del año ha sido explicado por Arreola: Juan declara haber nacido en 1918 “no por quitarse un año, sino por compañerismo”: para hacerles compañía al propio Arreola, y a Ali Chumacero, José Luis Martínez y Jorge González Durán, nacidos todos en 1918 (*Homenaje*:149). Yo diría más bien: para que ellos le hicieran compañía a él, pues él, por lo visto, se sentía muy solo en la “generación 1917”.

A diferencia de la mentira sobre el año, surgida cuando Juan era ya un escritor reconocido, la mentira sobre el lugar de nacimiento es muy antigua. Y muy explicable también. La explicación está en *El ánimo de Sayula*, travieso producto de la Musa folclórica, cuyas bien rimadas cuartetas –“En un caserón ruinoso / de Sayula en el lugar / vive Apolonio Aguilar, / traperero de profesión...”– etc.– no han caído en el olvido. El tema de esos versos es cierta proclividad *non sancta* de un compadre del tal Apolonio Aguilar, pero el pueblo, el *folk*, atribuyó la proclividad a *todos* los sayulenses. Cuando un inocente declaraba haber nacido en Sayula, desataba fatalmente un aluvión de risotadas y chocarrerías, y esto no sólo entre adultos, por ejemplo en una cantina, sino también –tal es la fuerza del folclore– entre los chamacos de una escuela, como lo demuestra el siguiente hecho: la lista de alumnos del Instituto Luis Silva dice en 1929 que Juan nació en Sayula; pero la lista de 1930 dice ya que nació en San Gabriel. Seguramente a los doce o trece años comprendió Juan que haber nacido en Sayula era una broma pesada del destino. Pero San Gabriel, donde nació su hermana Eva, y donde su madre se despidió de él, era un lugar más sustancioso, más localizable en un mapa de Jalisco.

Estas dos mentiras –que a mí me producen una reacción de total simpatía– fueron tan repetidas por Juan, tan propaladas, que en todo esbozo biográfico, y aun en los diccionarios enciclopédicos, han venido a ser una especie de verdad averiguada y establecida. En cambio, la que ahora voy a mencionar –y que a mí me impresiona– es una mentira que Juan nunca dijo, una mentira *ex silentio*, o, digamos, una verdad tenazmente cancelada y enterrada. Las biografías al uso cubren el periodo que sigue al año 1932 de diversos modos, unas con datos borrosos, otras con datos precisos, pero extraños. Carlos Blanco, que no es un fantaseador, dice que “a los quince años, en 1933, se marcha [Juan] al Distrito Federal para estudiar derecho” (Blanco: 16), lo cual sencillamente no puede ser:

nadie estudia derecho si no ha pasado antes por la secundaria y la preparatoria. Pero Blanco no tiene culpa: de algún lugar, no sé de dónde, debe de haberle llegado la noticia.

La verdad es ésta. Terminado en 1931 el sexto año de primaria en el Luis Silva, Juan hizo allí mismo lo que se llamaba “sexto año doble”, una como mini-escuela de comercio. (Supongo que entonces aprendió taquigrafía, ya que uno de sus puestos burocráticos fue el de “taquígrafo de tercera”.) Y, terminado el “sexto año doble” en 1932, Juan pasó en noviembre del mismo año al seminario arquidiocesano de Guadalajara, llamado Seminario del Señor San José. ¿Entró porque quería ser sacerdote de Cristo? ¿Cómo saberlo? El hecho es que entró: le aceptaron la solicitud que hizo. Pero no lo pusieron en primer año, seguramente porque los alumnos de primero, muchachos que han terminado la primaria, tienen unos doce años, y Juan, con sus quince y medio, resultaba, digamos, incómodo; el caso es que lo pusieron en segundo año; lo terminó mal que bien, pasó a tercero (año escolar 1933-1934) y en el examen final quedó reprobado en latín (Serrano:2-4). Esto, en un seminario moderno, no tendría importancia, pues a partir del Concilio Vaticano II la Iglesia se ha desentendido del latín. Pero en los tiempos preconciatales el latín era la materia básica, la materia por excelencia en los cuatro años iniciales de la carrera sacerdotal (“seminario menor”). Para pasar a cuarto año Juan hubiera tenido que dedicar las vacaciones de verano de 1934 a estudiar y más estudiar latín, y presentar examen extraordinario. Si hubiera tenido deseos ardientes de ser cura, sin duda lo hubiera hecho. Pero no lo hizo. En agosto de 1934 acabó la etapa seminarística. Me pregunto qué habría pasado si en un principio hubiera entrado Juan, normalmente, a primer año. ¿No sería entonces posible que al final del tercer año su latín estuviera aceptable, y que hubiera pasado a cuarto, y luego a filosofía y teología y derecho canónico, hasta ordenarse de cura?

Pero son especulaciones ociosas. El hecho es que Juan se las ingenió para convertir dos años de su vida en un vacío perfecto, en cero. La verdad acerca de esos dos años se conoció unos días después de su muerte gracias a Ricardo Serrano, uno de sus compañeros, el cual publicó un artículo ilustrado con varias fotografías, una de ellas la del grupo de seminaristas, en la que aparecen, muy serios, Juan y el propio Serrano.

Si alguno de los asistentes al presente “Seminario Internacional Juan Rulfo” desconoce este episodio, no me sorprenderé. Nadie está obligado a saberlo todo. Además, un artículo de periódico es, por definición, cosa efímera. Yo me vine a enterar del de Serrano casi dos años después de que se

publicó, y eso porque él me dio fotocopia. Probablemente me impresionó a mí más que a otros lectores por el hecho de que yo mismo estudié, no en un seminario, sino en una orden religiosa, experiencia muy importante, y que nunca he ocultado. ¿Por qué Juan ocultó la suya? La explicación de Munguía me parece muy convincente. Hay que tener en cuenta que, si bien la guerra cristera ya había concluido,

el clero mexicano, muy especialmente el de Jalisco, seguía siendo cristero, y esto le constaba al gobierno de la república. Así, pues, el capitán David Pérez Rulfo, que había peleado contra los cristeros en 1928, observando en 1935 “la declarada hostilidad gubernamental a todo lo católico” –“resabio de aquella lucha”–, le hizo ver a su sobrino la necesidad de callarse la boca (Munguía: 27). Sin duda algo así debe de haber sucedido. Pero queda en el aire una pregunta,

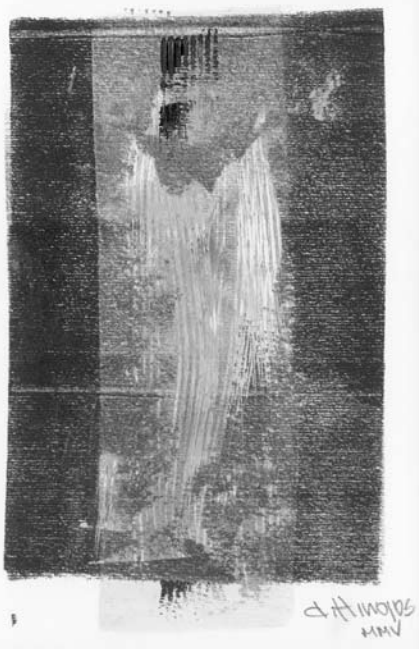
y lo mejor será dejarla así, flotando en el aire: ¿por qué Juan mantuvo este silencio cuando ya no era necesario, cuando el conocimiento de esta etapa hubiera sido quizás indiferente para algunos, pero para otros, como para mí, muy sugerente, muy invitador a la reflexión?

Voy a pasar a una mentira que parece muy trivial. En 1945, cuando Arreola y yo platicábamos con él, Juan “trabajaba” en una desolada y destartalada oficina, especie de sucursal tapatía del Departamento de Migración de la Secretaría de Gobernación. Qué hacía allí, no lo supimos. Ni él nos lo dijo, ni nosotros se lo preguntamos. Leía novelas, eso sí, sobre todo norteamericanas y europeas en traducciones al español; pero de su “empleo” (con sueldo de \$152 en esos tiempos) nunca supimos nada. Estoy seguro de que no tenía mucho que hacer. Por eso me sorprendieron las siguientes declaraciones suyas: después de decir que su “misión” en Guadalajara era “pescar a los [extranjeros] que no tenían sus papeles en regla”, añade que a él “le enviaron la tripulación de petroleros alemanes e italianos detenidos en Tampico y Veracruz” cuando, en 1942, México declaró la guerra a las potencias del Eje. “Yo me encargué de vigilarlos –dice Juan–; tenían a Guadalajara como prisión; podían andar en la calle, pero no salir de la ciudad, y todos los días les pasaba yo lista”

(Poniatowska:141-142). ¡Muy raro! Esos marineros alemanes e italianos, que más que extranjeros eran “enemigos”, no le fueron enviados a Juan, oscuro “oficial cuarto”, y ni siquiera fue la oficina de Migración de Guadalajara quien se ocupó de ellos, sino que fueron encerrados todos, hasta el final de la guerra en el presidio de Perote. ¿Será posible –pienso– que Juan, ingenua, infantilmente, haya querido darse importancia en un terreno tan sin relación con su verdadera importancia? ¿Será posible que esa supuesta “misión” le haya parecido algo digno de formar parte de su *persona*?

He dicho que Juan era lector de novelas norteamericanas, y esto me da pie para hablar de una mentira mucho menos trivial. Inmediatamente después de publicado *Pedro Páramo* en 1955, hubo críticos que detectaron en la novela –así como en varios de los cuentos, por ejemplo “Macario”– la huella inconfundible de William Faulkner. El primero que lo dijo en letras de imprenta parece haber sido Mario Benedetti en un artículo publicado en *Marcha*, de Montevideo, en noviembre del propio año de 1955. Y en 1956 defendió James Irby su tesis sobre *La influencia de Faulkner en cuatro narradores hispanoamericanos*, uno de ellos Juan Rulfo (Irby: 132-163).¹¹ No sé si Juan leyó esa tesis, pero sin duda supo de su existencia, pues la república literaria de México era pequeña en 1956. El caso es que el 15 de marzo de 1985, cuando se celebraban los treinta años de la primera edición de *Pedro Páramo*, Juan publicó en *Excelsior* unas declaraciones de tono solemne, especie de *last will and testament*, para dejar asentada la “verdad histórica” en cuanto al proceso de elaboración y las circunstancias de publicación de su muy aplaudida novela. No he vuelto a leerlas, pero tengo la impresión de que Juan las hizo sobre todo para negar, y muy categóricamente, cualquier huella faulkneriana en su obra: “Cuando escribí *Pedro Páramo* yo aún no leía a Faulkner”.

Como antes dije, yo estudié en una orden religiosa, y de allí salí a los 20 años hecho un perfecto imbécil en cuestión de literatura, sobre todo la moderna. Mi introductor a la de lengua española (García Lorca, Neruda, Gorostiza...) y a la francesa (Claudel, Cocteau, Duhamel...) fue Juan José Arreola. Y mi introductor a la norteamericana fue Juan Rulfo. Por él supe de la existencia de John dos Passos, de Willa Cather, de John Steinbeck, de Hemingway. Estuve varias veces en su casa, casa de gente acomodada; Juan tenía un buen tocadiscos, y música clásica (lujo inalcanzable para Arreola y para mí);¹² y tenía, limpiamente ordenados en la estantería, muchos libros, de los cuales recuerdo en especial las novelas norteamericanas, en traducciones impresas en Buenos Aires y Santiago de Chile. Él trataba de contagiarme su enorme



afición a esas novelas, pero yo, la verdad, bastante quehacer tenía con los contagios de Arreola. Como para facilitarme la entrada en ese mundo nuevo, Juan me prestó una novela sencilla, *God's Little Acre* de Erskine Caldwell (*La chacrita de Dios* en la traducción argentina). Y, sobre todo, me puso por las nubes las novelas de Faulkner, que él estaba dispuesto a prestarme. El resultado fue que inmediatamente me eché a leer una de ellas, *Santuario*.¹³

Si en 1985 mi trato con Juan hubiera sido como el que tuvimos cuarenta años antes (creo que la última vez que lo vi fue a fines de 1981),¹⁴ le habría dicho: “Juan, ¿por qué dices eso, si tú y yo y Arreola sabemos que no es verdad?” Pero es claro que el Rulfo de 1985 no era el de 1945. Era otro. Y me doy esta explicación: consciente –y orgulloso– de la originalidad de *Pedro Páramo*, tan subrayada además por la crítica, Juan tiene que haber sentido que quienes hablaban de lo faulkneriano estaban achicando esa originalidad. Los hombres famosos suelen volverse muy susceptibles. La responsabilidad de esa flagrante mentira no recae sobre Juan, sino sobre su gigantesca fama.¹⁵

Y si en 1985 hubiera tenido un trato más o menos asiduo con él, también le habría dicho: “Puesto que el objeto de tus declaraciones es decir cómo se hizo *Pedro Páramo*, ¿por qué no mencionas la ayuda que te dio Arreola en un momento en que mucho la necesitabas?” En efecto, ésta es otra mentira *ex silentio*, como la del paso por el seminario. He aquí mi testimonio: una vez, pocos meses antes de que saliera *Pedro Páramo* a la luz, me contó Arreola, en esencia, lo siguiente:

El otro día estuve en casa de Rulfo porque me pidió ayuda. Estaba en un atolladero, realmente angustiado por el plazo de entrega de su novela, y quería que le ayudara a hilvanar los pasajes que tiene escritos. Yo le dije: “Mira, tu novela es como es, hecha de fragmentos, y así funciona muy bien. El orden es lo de menos”. Entonces puse en la mesa del comedor los distintos montoncitos de cuartillas, y comenzamos a acomodarlos mientras yo le decía esto aquí, esto quizá después, esto mejor hacia el comienzo. Tardamos varias horas, pero al final Juan estaba ya tranquilizado.

Eso que me contó Arreola, y que resumo con la mayor honradez, se me quedó muy grabado por la sencilla razón de que yo tenía unas ganas enormes de leer la novela de Juan desde que me topé en la revista *Universidad de México*, en junio de 1954, con el maravilloso “Fragmento de la novela *Los murmullos*”.¹⁶

A fines de 1988, al recordar Arreola y yo este episodio en un diálogo público, durante el gran simposio rulfiano celebrado en la Feria Internacional del Libro en Guadalajara,

él dijo (*Homenaje*:208-209) que fueron dos las sesiones, y añadió algo que yo no recordaba. Lo cito: “Mira, en realidad no nomás estaba hecho todo *Pedro Páramo*, sino que hubo *Pedro Páramo* de más, que no conocimos nunca. Cuando yo llegué, esa tarde, ya había un cesto con muchas cuartillas rotas y él estaba en trance de seguir rompiendo”. Arreola no lo dice expresamente, pero da a entender que él moderó esa furia destructora, tan de Rulfo. Y, como para quitarle trascendencia a su intervención, añade esto: “Yo creo que cualquiera que fuera el orden que se diera a los fragmentos, existiría *Pedro Páramo* igual, dejando sólo la parte final exacta como está”. (O sea que allí no hubo problema alguno: el final fue siempre el final.)¹⁷

¿Por qué este espeso silencio de Rulfo? Seguramente, me digo yo, por la misma razón tan sin razón que lo llevó a negar la lectura de Faulkner. ¡La fama, la maldita fama! Todos los que han escrito sobre *Pedro Páramo* habrán estudiado, quién más, quién menos, la disposición del texto, la secuencia narrativa, las rupturas... en una palabra, la estructura novelística. Y ciertamente hay abundante material de análisis, abundantes oportunidades para que los rulfistas se luzcan, sobre todo si poseen un buen bagaje de doctrinas “narratológicas”. Pero no sería superfluo para los rulfistas saber que, más que obediencia a un exquisito plan artístico que se hubiera trazado Rulfo, la estructura del *Pedro Páramo* que conocemos no es sino el resultado de las horas que empleó Arreola en sacar del atolladero a su amigo. •

Notas

¹El hermoso libro de Fabiola Ruiz, *Por el camino de Juan*, Zapopan, 1995, basado asimismo en documentos de archivo y en entrevistas, supera al de Munguía en número de datos, pero su utilización se dificulta porque no tiene formato “técnico”, sino que está escrito a manera de “glosa” poética o imaginativa. Complemento valioso de este libro es el álbum fotográfico reunido y presentado por la misma autora: *Por el camino de Juan (Iconografía)*, Universidad de Guadalajara, 1996.

²¿Habrá un mapa en que figure esta hacienda? El nombre que le da Munguía es San Pedro Toxín; parece más convincente el que le da Fabiola Ruiz: San Pedro *Totzín*.

³Se publicó en la revista *Umbral* de Guadalajara, núm. 2, primavera de 1992, pp. 58-71. El documento final del expediente es copia de una “Constancia de servicios prestados a la Secretaría de Gobernación por el C. Juan Pérez Vizcaíno”, expedida en septiembre de 1978 “a solicitud del interesado”. Me pregunto: ¿qué interés habrá tenido Juan, a tales alturas, rodeado de fama mundial, siete años antes de su muerte, por esa constancia de servicios burocráticos? Misterio.

⁴Cosa notable: el 23 de marzo de 1937 el empleado Juan Pérez Vizcaíno se hace merecedor de una reprimenda por haber cortado

—y “ante la presencia del policía”— una rosa en el jardincito que hay en la entrada principal de la secretaría.

⁵Veinte años después nos dio a Tomás Segovia y a mí un fragmento de esa novela, intitulado “Un pedazo de noche”, y nosotros nos apresuramos a publicarlo en la *Revista Mexicana de Literatura* (septiembre de 1959). Está fechado en “Enero, 1940”. Iba a ser una novela de ambientación urbana. A ella se refiere Arreola en una charla de 1988, pero, evidentemente, equivocando la cronología: “Cuando Juan Rulfo comenzaba a escribir los cuentos de *El llano en llamas*, tenía la nostalgia de una literatura ciudadana... a mí, no una vez, varias veces, me dice: ‘Ya me estoy cansando de escribir estos cuentos de la tierra, de personajes rancheros... voy a hacer una novela ciudadana’. Y empezó a escribir una novela que se iba a desarrollar en Santa María La Ribera; hasta me leyó algunas cosas del principio de esa novela” (*Homenaje*:206-207).

⁶Juan fue lector fanático de libros de historia. En el seminario anduvo mal en varias materias, sobre todo en latín, pero “significativamente obtuvo examen de honor con diploma de primera clase en historia patria” (Munguía:35). Se me quedó grabado algo que un día me dijo en Guadalajara: en un viaje a Tuxcacuesco tuvo la grata sorpresa de ver que en el archivo (no sé si el municipal o el parroquial) estaba intacto, a pesar de “la bola”. Hacia 1980, una vez que coincidimos en la librería El Ágora, casi me forzó a comprar los *Procesos inquisitorial y militar seguidos a D. Miguel Hidalgo y Costilla* (México, 1960). Me puso el libro en las narices, diciéndome: “¡Cómpralo ahorita mismo, porque está agotado!” (y se lo agradezco: el libro vale la pena). Consta que leyó a los cronistas de la colonia, y en 1963 escribió un prólogo para la reedición facsimilar de las *Noticias históricas* del conquistador de Jalisco, Nuño de Guzmán. Dice Munguía que su relación con Juan se inició con motivo de un libro suyo sobre el sur de Jalisco. Juan tuvo noticias de él, lo alentó a publicarlo (“Es importante porque existe un vacío sobre esa zona en la historia de Jalisco, ya que hasta la fecha nada se ha escrito sobre ella”) y le sugirió intitularlo *La Provincia de Ávalos* (*ibid.*:36). También se interesó por la historia de Colima, porción del mismo mundo geográfico. Véase la “Presentación del libro *¿Dónde quedó nuestra historia?*, última conferencia de Juan Rulfo” (con intervenciones de Gonzalo Villa Chávez, Antonio Alatorre y Emmanuel Carballo), en *Homenaje*:249-261.

⁷Naturalmente, los insurgentes tuvieron un odio muy especial por los mexicanos que en 1810-1821 pelearon del lado de los españoles. A fines de 1810 circulaba una hoja volante, hecha en “imprentilla de mano”, contra esas “almas negras, mercenarias, tan infames y viles como la de los perversos gachupines” (Alatorre, 1992:299).

⁸En esos *Procesos* contra Hidalgo que Juan me hizo comprar en El Ágora encontré el dato de que en 1810, en Aguascalientes, “los indios de las inmediaciones” (como los de todas partes) se pusieron a degollar gachupines, y el cura Hidalgo nombró supervisor de la matanza a un “coronel Alatorre”, que bien puede haber sido lejano pariente mío. (Mi árbol genealógico comienza apenas, y borrosamente, con mis abuelos.) Pero yo no siento ni orgullo porque ese Alatorre estuvo del lado “bueno”, ni vergüenza porque participó, aunque fuera marginalmente, en tales atrocidades. Me limito a

observar —¡ah, la historia de México!— que ese posible antepasado mío estuvo al mando de indios antigachupines, y Juan Manuel Rulfo al mando de indios antiinsurgentes. Y puede añadirse otra reflexión: los *dos* padres de Rulfo eran hacendados, mientras que mi padre fue hijo de un típico “peón de hacienda”. (Tampoco a esto le doy importancia.)

⁹Las vivencias, las experiencias reales de Juan, están, en su obra, entrañablemente amalgamadas con las cosas que contaba la gente. No sabemos, por ejemplo, si llegó a ver con sus ojos esas sartas de ahorcados, “monigotes con el rostro ennegrecido meciéndose al viento, con la soga al cuello” (Munguía:32). Pero si las vio o no las vio da lo mismo. A propósito de “lo que contaba la gente”, es interesante lo que averiguó Munguía sobre el abuelo Carlos Vizcaíno y el bisabuelo Lucas Vizcaíno. De los dos se decía que tenían hecho pacto con el diablo: sólo así se explicaba su mucha riqueza. Estaban, pues —pienso yo—, perfectamente “folclorizados”. Munguía los pone al lado de José María Manzano, a quien el diablo “le había proporcionado un animalito de los llamados *cuyos*, que en vez de excremento le arrojaba pepitas de oro”. Este Manzano “de negra memoria”, señor de horca y cuchillo, que se apoderó de las tierras de Tolimán expulsando a los indios que las poseían, ha sido ‘señalado como una de las figuras de que tomó Rulfo caracteres para su personaje Pedro Parámo’ (*ibid.*:14-15). Y, bien visto, tan “ficción” es Pedro Parámo como el abuelo colgado de los pulgares. En un sentido, *toda* la obra de Rulfo tiene “base folclórica”. He aquí un detalle significativo. En 1945, años antes de que aparecieran en *El llano en llamas* “los indios güeros de Zacoalco, zanzonzotes y con caras como de requesón”, tuvimos Rulfo y yo un pequeño *différend* a causa de ese extraño grupo étnico: la gente decía que los indios de Zacoalco eran racialmente indios y sin embargo completamente rubios. Yo lo puse en duda, y Juan se irritó por mi escepticismo.

¹⁰Así en el acta de nacimiento. En la de bautizo se invierte el orden de los nombres: Carlos Juan Nepomuceno. Tenemos aquí una muestra del tradicionalismo de la familia. Severiano se llamó así en memoria del padre de su padre, Severiano Pérez Jiménez, y el nombre de Juan Nepomuceno le vino a Juan de su propio padre y del abuelo de su padre, Juan Nepomuceno Pérez Franco. El otro nombre, Carlos, era el del abuelo materno, Carlos Vizcaíno, que vivía aún en 1917.

¹¹Los otros tres son Novás Calvo, Onetti y Revueltas. Mario Benedetti (citado por Irby:134, 158) había señalado sobre todo la huella de *Absalom! Absalom!*, y había visto en Comala “algo así como un Yoknapatawpha mexicano”. Yo, lector fiel de Juan Rulfo, no leo sino muy esporádicamente lo que sobre él se escribe. Es posible, pues, que después de la tesis de Irby haya habido cambios en este terreno de “literatura comparada”. Pero lo dudo: primero, porque las obras estudiadas por Irby son prácticamente las mismas que hoy conocemos (nada de sustancia añadió Juan después), y segundo, porque Irby muestra ya en esa tesis juvenil el instinto indagador, la solidez de razonamiento, la finura de análisis y el equilibrio crítico que brilla en sus trabajos posteriores. Feroz autocrítico por otra parte, Irby nunca quiso publicar su tesis. Valdría la pena arrancarle el permiso de darla a la imprenta, y tal cual, sin quitarle

ni ponerle nada. (Entre otras cosas, su acuciosa bibliografía hace ver lo poco que en 1956 se había escrito sobre Rulfo.)

¹²Clementina Trujillo, que conoció a los Pérez Vizcaíno en San Gabriel, recuerda: “Casa de ricos: una de aquellas grafonolas de manivela... tenían discos... la voz de Caruso, arias de ópera, orquesta europeas... Pues ésa era otra diversión de Juan” (Munguía:23). En 1935, en Apulco, no se dedicó sólo a leer maniáticamente; también hacía alpinismo, y “complet[aba] su tiempo escuchando música clásica” (*ibid.*:27).

¹³Pero no la leí en traducción, sino en el original, que compré en *paperback*, para así matar dos pájaros de un tiro, o sea: para leer a un novelista tan ponderado por Juan (y que, naturalmente, me impresionó mucho: ¡era tan distinto de Duhamel!) y para ejercitarme en la lectura del inglés, lengua que aprendí a leer a lo bruto, o sea a lo autodidacto.

¹⁴Fue durante el pseudo-coloquio que el candidato a la presidencia, Miguel de la Madrid, tuvo en Guadalajara con un grupo de intelectuales jaliscienses. Uno de éstos dijo que la lectura de novelas extranjeras estaba corrompiendo y “desmexicanizando” a la juventud, a lo cual repliqué yo que el mexicano Juan Rulfo, allí presente, había sido gran lector de novelas gringas. (Véase Alatorre, 1993: 163-164, 176-177.) Después del pseudo-coloquio hablé con Juan. Reproduzco lo que dije en una entrevista (Alatorre, 1996): “[Juan] se veía agobiado. Ese mismo día había estado en Colima. Luego llega a Guadalajara y lo acomodan [durante la cena] a la derecha del candidato, para que luciera” (o sea, para que su presencia le comunicara un místico prestigio al candidato). “¡Ay, Antonio —me dijo—, estoy cansado, desesperado!” Yo, que estaba allí por pura curiosidad (pues nunca he creído en el diálogo de los intelectuales con los políticos), le dije: “¿Qué necesidad tienes de estar en este circo? Haz como Arreola” (porque Arreola, que estaba en Guadalajara, tuvo la cordura de no presentarse). Pero Juan me contestó: “¿Qué quieres que haga?” Él *no podía* negarse. (Estaba agarrado.)

¹⁵Poco después de publicadas las declaraciones de *Excelsior*, Emmanuel Carballo escribía: “En 1953 Rulfo y yo intercambiamos libros: yo le di un tomo, que él no poseía, de los *Anales* del Instituto de Investigaciones Estéticas, y él a cambio me cedió un ejemplar sudado y manchado por la lectura de *Las palmeras salvajes*” (citado por J. A. Ascencio en *Homenaje*:66).

¹⁶En cambio —cosa rara— no leí sino muchos años después el “Fragmento de la novela en preparación *Una estrella junto a la luna*”, publicado en *Las Letras Patrias*, enero-marzo del mismo año 1954 (donde Comala era todavía Tuxcacuesco).

¹⁷Pienso, por cierto, que Arreola adoptó el “fragmentarismo” de *Pedro Páramo* al escribir *La feria*. (Nunca se lo he preguntado, ni sé si en algún lugar se ha dicho algo al respecto.) Es también la “técnica” de *La colmena* de Camilo José Cela; pero haría falta saber si Cela había leído *Pedro Páramo*. Sin duda existían (y existen) ciertas “leyendas” sobre la elaboración de *Pedro Páramo*. En 1980 Juan Manuel Galaviz (según Federico Campbell en Ponce:125) recogió dos de esas “leyendas”: la que hablaba “de un voluminoso original mutilado contra la voluntad de Rulfo”, y la que decía “que el trabajo de corrección definitiva y organización de la novela [era] mérito sobre todo de Alí Chumacero y Antonio Alatorre”. La pri-

mera leyenda, basada desde luego en el hecho de que *Pedro Páramo* era originalmente más “voluminoso”, añade el toque novelesco de que la reducción se hizo ¡contra la voluntad de Rulfo! (El mismo Campbell, en *ibid.*:124, cita esta declaración de Rulfo, publicada en 1979: “Quitó 150 páginas en las que había divagaciones, elucubraciones mías, intromisiones, explicaciones... Saqué todo eso”). En cuanto a la segunda leyenda, es falsa, falsísima, en lo que a mí se refiere. Después de 1945, como ya dije, mis contactos con Rulfo fueron muy exiguos y muy esporádicos. Pero creo que algo tiene de verdad en lo que toca a Alí Chumacero. No me parece posible que entre junio de 1954 (cuando se publicó el fragmento de *Los murmullos*) y el 19 de marzo de 1955 (cuando “se acabó de imprimir” *Pedro Páramo*) haya tenido Rulfo la calma necesaria para introducir las muchas correcciones “de estilo” (debidas en buena medida a prurito gramatical) que presenta el texto definitivo frente al “fragmento”. Éste procede sin duda del original que estaba ya procesándose en el Fondo de Cultura Económica, y se publicó en *Universidad de México* como anticipo o “reclamo”. Tengo para mí que esas correcciones se deben a la mano de Alí Chumacero, que era corrector de pruebas en el Fondo: según el colofón, “cuidaron la edición José C. Vázquez y Alí Chumacero”. (Me parece, por cierto, muy significativo que las “leyendas” no mencionen la intervención de Arreola. Ésta ocurrió muy en privado; nunca tuvo publicidad.)

Bibliografía

- Alatorre, Antonio, “Historia de la palabra *gachupin*”, en Elizabeth Luna Traill (ed.), *Scripta philologica in honorem Juan M. Lope Blanch*, t. 2, México, UNAM, 1992, pp. 257-302.
- , *Ensayos sobre crítica literaria*, México, CONACULTA, 1993.
- , “Mirada de la memoria” (entrevista con Roberto García Bonilla), en *Los Universitarios*, núm. 87, México, UNAM, septiembre, 1996, pp. 12-15.
- Blanco Aguinaga, Carlos, “Introducción” a *El llano en llamas*, Madrid, Cátedra, 1985.
- Del Paso, Fernando (ed.), *Memoria y olvido: vida de Juan José Arreola (1920-1947)*, México, CONACULTA, 1991.
- Homenaje a Juan Rulfo*, recopilación, revisión de textos y notas de Dante Medina, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1989.
- Irby, James East, “La influencia de William Faulkner en cuatro narradores hispanoamericanos”, tesis doctoral, UNAM, 1956.
- Munguía Cárdenas, Federico, *Antecedentes y datos biográficos de Juan Rulfo*, Guadalajara, Unidad Editorial del Gobierno de Jalisco, 1987.
- Ponce, Armando, *Rulfo en llamas*, 2ª ed., Guadalajara, Universidad de Guadalajara / Proceso, 1988.
- Poniatowska, Elena, *¡Ay vida, no me mereces!: Carlos Fuentes, Rosario Castellanos, Juan Rulfo, la literatura de la onda*, México, Joaquín Mortiz, 1985.
- Serrano, Ricardo, “El seminarista Juan Rulfo. Verdadera raíz de su personalidad”, suplemento dominical de *Excelsior*, 29 de enero de 1986.

ANTONIO ALATORRE, filólogo, traductor, ensayista. Miembro de la Academia Mexicana. Amigo de juventud de Juan José Arreola, Juan Rulfo y José Luis Martínez. Fue uno de los fundadores de la revista *Pan*.